

Ensayos

De legitimidad y de alianzas: de la Corriente Democrática al Frente Democrático Nacional. (julio de 1987 a julio de 1988)

María Xelhuantzi López

La gestación de las alianzas (3 de julio al 13 de diciembre de 1987)

Una vez que la Corriente Democrática postuló a Cuauhtémoc Cárdenas como su candidato a la presidencia de la República la tarde del 3 de julio de 1987, y de que un día después, exactamente un año antes de las elecciones presidenciales de 1988, comenzara su campaña de proselitismo, se inició una nueva etapa en el desarrollo político de la Corriente Democrática. Esta fase se caracterizó por el hecho de que, todavía dentro del PRI, la Corriente estableció las alianzas políticas fundamentales que más tarde harían posible la formación del Frente Democrático Nacional.

La intención principal de la postulación de Cárdenas fue la de presionar a partido y gobierno para la apertura del proceso de la sucesión presidencial mediante procedimientos democráticos. La demanda específica en este sentido era la expedición, conforme a estatutos, de la convocatoria para el registro de precandidatos. A pesar de no haber conseguido este objetivo en particular, la Corriente logró avances políticos mucho mayores en favor de sus reclamos democráticos en este periodo. Por principio de cuentas, forzó al régimen a intentar un procedimiento "novedoso" para la selección del candidato presidencial, que fue el de la serie de comparecencias de "seis distinguidos priístas" en el mes de agosto.

Con las comparecencias, el régimen procuró dar respuesta a las críticas de la Corriente y al mismo tiempo buscó concentrar la atención pública en la candidatura oficial, en la medida en que, no obstante la desinformación y el cierre de los medios en relación con la campaña de Cárdenas, ésta comenzaba a despertar un interés creciente en diversos sectores de la población. El procedimiento elegido no fue, sin embargo, el más conveniente para el interés del régimen a mediano y largo plazos, pues no se trató de un

mecanismo innovador, sus bondades democráticas ya habían sido puestas en entredicho en 1975, cuando la sucesión del presidente Luis Echeverría. En aquel entonces si bien no hubo una semana intensiva de comparecencias, estas se habían sucedido a lo largo de los últimos años con la intención de manifestar la pluralidad de ideas, obra y opciones de los posibles sucesores. En 1987, en un contexto diferente, su realización no originó un juego democrático en el interior del PRI.

Las ponencias de los "seis distinguidos priístas" fueron un ejercicio político útil. A pesar de que en una imprevisión táctica la Corriente se negó a aceptar que significaran un avance, obtenido gracias a su movimiento, los planteamientos ahí expresados ayudaron a definir las tendencias del régimen y al establecimiento de un mínimo de compromisos y críticas, muy matizadas, al gobierno de De la Madrid.

Los logros más importantes para el movimiento democrático de la Corriente se relacionaron en buena medida con su origen priísta y con su enfrentamiento a las desviaciones, complicidades, limitaciones y deficiencias del partido. Cuestionó y exhibió el tremendo desgaste y las contradicciones en que este se hallaba sumergido, y absorbió una gran parte de su legitimidad, de sus principios y de su discurso. Se llenó de sus contenidos políticos e históricos más notables y con base en ellos habría de formar nuevos contenidos ideológicos y representativos que le serían propios y hasta exclusivos. En esta etapa, la Corriente aprendió a establecer alianzas estratégicas. Alianzas que fueron viables por su origen priísta, por un lado, sumado a su desarrollo no priísta.

La materia prima para definir una opción independiente dentro del PRI, tanto como para plantear una estrategia de alianzas precisa y autónoma, fue el contacto con las bases así como una interpretación acertada de sus demandas, necesi-

dades, inconformidades y expectativas. Desde su formación como movimiento de bases en Michoacán y en otros estados y regiones un año atrás, la sobrevivencia primero, e inmediatamente el ascenso y consolidación de la Corriente Democrática se fundaron en un acercamiento e interacción con las bases. La Corriente pasó a ser una mediación necesaria para la evolución democrática del país. Su carácter posterior como matriz de una nueva oposición política se fundaba en el hecho de ser un movimiento de la sociedad y no del Estado, con una muy vasta representatividad de estratos y sectores sociales. Nacida campesina, la Corriente bien pronto alcanzó a clases medias, proletarios asalariados, estudiantes, intelectuales progresistas y organizaciones urbano populares, entre otros.

La función de los dirigentes de la CD, particularmente de Cárdenas y Muñoz Ledo, fue insustituible. A ellos correspondió escuchar el sentir de la gente, interpretar sus aspiraciones, orientar su descontento, canalizar la acción e influir en la toma de decisiones capitales para el destino del movimiento. Esto de ninguna manera significó una concentración del poder en los dirigentes. La Corriente era una suma de convergencias, profundamente compacta en sus propósitos. Salvo las diferencias normales de madurez política de parte de algunas personas o grupos, o la ausencia de compromisos reales con el movimiento de parte de otros, la toma de decisiones acertadas o las declaraciones de sus dirigentes no podían dar lugar a equívocos o a enfrentamientos en su interior.

La campaña de Cárdenas como candidato de la Corriente Democrática contribuyó enormemente a estas tareas; no sólo porque la campaña permitió estrechar el contacto con las personas y organizaciones dentro del PRI, sino porque facilitó aún más el establecimiento de vínculos con organizaciones y personas fuera del PRI. En sus orígenes la campaña, muy modesta y con tremendas limitaciones financieras, hizo posible anudar coincidencias, conocer el grado de simpatía o las dudas que organizaciones y personas tenían respecto de la Corriente, analizar las opciones del movimiento y fortalecer su autonomía.

Lo que ocurría en las cúpulas priístas hizo de los contrastes, diferencias de fondo. Mientras el candidato de la Corriente se acercaba a las bases y participaba en eventos plurales en donde sobre todo en esta etapa era con frecuencia severamente cuestionado por los públicos en su autenticidad por seguir perteneciendo al PRI, los "distinguidos priístas", alejados de la gente y en escenarios ventajosos, exaltados por el derroche de recursos en la televisión privada y del gobierno, exponían

discursos prefabricados en los cuales seguramente no podían manifestarse tan libremente como quisieran ante el temor de incurrir en excesos o deslealtades al presidente de la República.

A pesar de las condenas y de la marginación, la Corriente continuaba siendo priísta y lo sería por un tiempo más, por motivos tácticos y de principios. En relación con esto último, estaba obligada a agotar todos los recursos que se le presentaran para democratizar al PRI, al menos hasta donde las circunstancias lo hicieran posible. El instrumento de maduración política sería perseverar en su propósito de restaurar la legitimidad del partido, abrir el proceso de sucesión y eliminar al tapadismo, modificar el proyecto del régimen, en particular la política económica, lo cual la llevaba, sustancialmente, a demandar el rescate del proyecto constitucional de la nación, resultado inequívoco de la Revolución Mexicana.

El 9 de septiembre, la Corriente presentó a la opinión nacional y al PRI su *propuesta democrática*. Este documento, programa pero también proyecto del movimiento, se constituyó más que en la plataforma patrimonial del candidato, en la plataforma que permitiría a la CD avanzar en su estrategia de alianzas.

En efecto, la difusión de la *propuesta* habría de ser, semanas más tarde, el elemento que concretaría compromisos con otras fuerzas. Por lo pronto, su elaboración y divulgación además de ser una presión mayor que el régimen resistió a fuerza de apuntalar sus rasgos autoritarios y anti-populares, fue también un sólido pronunciamiento que aseguró la continuidad del esfuerzo emprendido: evitó que este sufriera desviaciones en su orientación ideológica y política.¹

México vive hoy uno de los momentos más tensos y definitivos de su historia, agobiado por las presiones externas y por el enorme peso de sus deudas, injusticias y rezagos.

Una ciudadanía ignorada y un pueblo sojuzgado que mantienen pese a todo su espíritu combativo y comienzan políticamente a rebelarse frente a un sistema sostenido cada vez más en la manipulación y el entreguismo.

Hoy, como hace ochenta años, los mexicanos luchan por romper las inercias del despotismo y abrir espacios democráticos a las mayorías. Entonces bajo la bandera común

¹ *Propuesta democrática*. Por una nación independiente, justa, libre y productiva. Folleto editado por la Corriente Democrática, México, septiembre de 1987, 46 pp. Vid. Porfirio Muñoz Ledo, *Compromisos*, Editorial Posada, 1988, pp. 267-300.

de la Constitución de 1857 y en nuestros días reivindicando la de 1917; ambas suplantadas por el predominio abrumador de reglas no escritas.

Sometimientos consentidos y silencios obligados habían generado, a principios de siglo, un régimen político aparentemente inmovible que fundaba su poder tanto en el cinismo de los dirigentes como en la impotencia de los explotados. La ciencia había sido exaltada a razón de Estado, el desprecio al pueblo convertido en norma de gobierno y el ideal republicano abandonado en aras de un proyecto modernizante.

La distancia entre la mentira oficial y la realidad era reflejo del abismo existente entre dos países distintos: el del peonaje rural y la postración urbana por una parte y el de los resplandores cosmopolitas y el rendimiento al extranjero por la otra. La dependencia creciente hacia las metrópolis sostenida en la feudalidad interna.

A pesar de las reformas implantadas y de los profundos cambios ocurridos desde entonces, el país ha recaído en la gravitación colonial de su pasado. Hoy prevalece nuevamente un diseño político sustentado en el empobrecimiento de las mayorías, el predominio del capital especulativo y la subordinación nacional a intereses ajenos.

México se encuentra inmerso en una crisis internacional que lesiona a los países en desarrollo y sujeto a las acechanzas que derivan de su posición estratégica y de una vecindad geográfica inexorable. A estos severos desafíos no se ha respondido con la determinación patriótica ni la congruencia histórica que hubiesen permitido fortalecer la defensa del patrimonio colectivo.

Estábamos, al comenzar esta década, todavía lejos de saldar atrasos seculares. A pesar de evidentes contradicciones, errores y desviaciones, el país marchaba hacia adelante y perseveraba en su lucha por ser independiente. Ahora nuestro proyecto constitucional ha sido abandonado y nos dirigimos en sentido opuesto al de la libertad, la autonomía y la justicia.

Durante estos años hemos presenciado la conversión de una crisis financiera en desastre nacional. El mal que padecíamos, traumático pero limitado, se ha extendido a todos los ámbitos del cuerpo social, causando el desplome de la economía, de la política, de la convivencia humana y de la moral pública.

El empeño de servir una deuda impagable y la miopía tecnocrática han exaltado la acumulación de divisas a primera prioridad nacional. Todo lo demás se considera residual o secundario, así se trate de la soberanía, el crecimiento económico, el hambre del pueblo o la dignidad ciudadana.

A una sociedad debilitada hasta la anemia se le ha recetado una sangría inacabable de recursos hacia el extranjero, y a una economía desfalleciente se le ha impuesto el combate abierto contra una implacable competencia internacional. La sumisión al vínculo financiero a costa del genocidio interno.

El orden de las prioridades nacionales ha sido radicalmente trastocado. En vez de una economía orientada al aprovechamiento de nuestras capacidades y riquezas en beneficio de la población, se ha instaurado una política especulativa que ahonda las desigualdades, desvaloriza el trabajo, paraliza la planta industrial, estrecha los mercados internos y cancela expectativas a las nuevas generaciones.

La carestía se ha vuelto programa del Gobierno, que finge combatir la inflación mientras la estimula sistemáticamente. Las altas tasas de interés encarecen el dinero, disparan los precios, desalientan al productor, restringen la oferta y desfinancian el sector público, que a su vez cobra cada vez más por bienes y servicios, alimentando una espiral interminable.

Hemos dejado de invertir estos cinco años una cifra equivalente a la mitad de nuestra deuda externa, provocando —junto al deterioro de la infraestructura— un desplome sin precedente de la producción, del empleo y del consumo de bienes indispensables. Ha sido contraída una deuda mucho más grave que la internacional: la deuda social con el pueblo mexicano al que se han sustraído los recursos indispensables para su desarrollo.

El país ha iniciado una franca involución histórica. La progresiva concentración del ingreso y el abatimiento irracional de la productividad y de la calidad de la vida de los mexicanos. Cada día es mayor el número de compatriotas sometidos a la desocupación y la pobreza, y más alarmante el de quienes han sido confinados a una miseria sin horizontes.

Los trabajadores de menores ingresos han perdido la mitad de su poder de compra en sólo cinco años, mientras un grupo reducido de familias ha incrementado sus disponibilidades financieras y posee una capacidad prácticamente ilimitada de gasto y acumulación de riquezas. A ese grado se han distorsionado los objetivos de la Revolución.

No basta todo el ingreso de una familia pobre para satisfacer su dieta mínima. La desnutrición es la más grave de las enfermedades sociales y la de mayores efectos degenerativos. Los alimentos de que dispone la mayoría de los niños mexicanos son apenas suficientes para sostener la actividad física, pero no para el desarrollo intelectual y para una vida sana.

Asistimos a una implacable degradación biológica del hombre y la naturaleza. El hacinamiento urbano, el abandono rural, la depre-

dación de los recursos naturales y la contaminación del aire, las aguas y los suelos son parte de un círculo vicioso estimulado por el profundo menoscabo de las condiciones de vida y de la conciencia cívica de los mexicanos.

Cuanto más derechos sociales se consagran en los códigos, menos se aseguran en la práctica. Compensación verbal del deterioro comunitario que, en materia de empleo, salud y habitación, acusa extremos graves. El entorno insano y la debilidad física de las grandes mayorías hace reaparecer enfermedades endémicas, incrementa la mortalidad infantil y disminuye las defensas contra la adversidad.

A pesar de su continua expansión y de innumerables proyectos, casi siempre frustrados, el sistema educativo ha entrado en peligrosa decadencia. A más de un siglo de haber sido declarada obligatoria y gratuita la escuela primaria por la Ley de Juárez, apenas ahora alcanzamos a cubrir su demanda. La falta de voluntad política, la restricción de recursos y la ausencia de estímulos lesiona la calidad de la enseñanza en todos los niveles y socavan en sus fundamentos la integridad y el futuro de la nación.

Los abismos entre clases y estratos sociales inciden ya en una recomposición étnica y cultural del país que lo aproxima al modelo colonial de las castas y las segregaciones. La pauperización de las grandes masas y las limitaciones impuestas a su desarrollo y participación democrática, prefiguran el restablecimiento de un régimen de explotación del trabajo tras el disfraz de la economía exportadora.

La estructura agraria del país ha evolucionado hacia un neolatifundismo que acosa y debilita el ejido, propicia la corrupción, concentra la propiedad y disminuye la productividad en el campo. Las formas de organización social promovidas por el impulso reivindicador de la Revolución han sido agredidas u olvidadas en favor de intereses contrarios al ascenso de las mayorías.

La escasa representatividad de las asociaciones gremiales las convierte a menudo en apéndices del gobierno o instrumentos para la satisfacción de intereses personales. Muchos sindicatos han venido perdiendo su carácter de organizaciones de resistencia por la mediación de sus dirigentes y la cancelación de la democracia interna, lo que favorece la violación de las leyes del trabajo y auspicia agudos desequilibrios entre los factores de la producción.

Se está operando en verdad un cambio estructural. Los objetivos de integración económica y social han sido reemplazados por los de marginalidad creciente y multiplicación de enclaves transnacionales. El país igualitario y productivo que procurábamos como vía de

auténtica modernidad se fractura hoy por el remate de la mano de obra y los recursos naturales.

El estímulo a la actividad económica se busca en el exterior de nuestras fronteras y se ha extraviado la determinación histórica de salvaguardar el patrimonio común para beneficio de los mexicanos. Mientras el país se descapitaliza y la dolarización se extiende, la confianza se evapora por la pérdida del consenso social y la desarticulación de las alianzas que sustentaban nuestro proyecto de desarrollo independiente.

La devaluación permanente de la moneda deprime el valor de nuestras riquezas nacionales y de las economías personales. Más se depende de productos importados y de patrones ajenos de consumo, mayor es el esfuerzo que se requiere para vivir en niveles cada vez más bajos de bienestar. El derrumbe del peso se traduce ya en depreciación del país y de la existencia cotidiana.

Se nos convierte en una sociedad tributaria. Mediante la explotación del trabajo y deterioro de las nuevas generaciones, se acumulan recursos para transferirlos al extranjero, al tiempo que perdemos soberanía alimentaria y capacidad de satisfacer las necesidades elementales de la población. La dependencia tecnológica se incrementa y la inventiva de los mexicanos se degrada en economías subterráneas mientras se acelera la migración en búsqueda de medios para subsistir.

La supeditación financiera y las exigencias del proceso de integración hacia el norte en que se nos ha embarcado, cohiben el ejercicio pleno de nuestra voluntad soberana. Así, la recia tradición de nuestra política exterior se ha ido extraviando en una diplomacia incierta y discursiva, que en ocasiones defiende principios inviolables y en otras los compromete.

Al instaurarse en el país un proyecto neocolonial incurrimos en evidente complicidad con las estrategias del hegemonismo y perdemos, sin librarlas, numerosas batallas en el frente de la autonomía. Al fallar la solidaridad con el pueblo y con sus luchas se deroga el concepto de interés nacional.

En los años recientes se ha perdido la dimensión creadora del quehacer político e instalado, en su lugar, la arbitrariedad y el oportunismo. Se ha olvidado que la fortaleza de la autoridad reside en su capacidad moral de convocatoria y en su aptitud para movilizar las energías sociales conforme a metas y objetivos libremente convenidos con el pueblo.

La crisis rebasa las instituciones que con incontables esfuerzos había edificado el pueblo mexicano. Al retraerse el sector público y adelgazarse sin medida ni concierto, en razón

de acuerdos con el exterior, el Estado atenta contra su legitimidad revolucionaria, reduce su capacidad de acción y pone en peligro su autonomía.

El centralismo administrativo ahoga la iniciativa ciudadana, entorpece la pluralidad económica y fomenta la macrocefalia que dice combatir. La lucha por la democracia y por el respeto al sufragio se ha vuelto así en muchas partes, a más de reivindicación de la dignidad personal y la identidad local, defensa del federalismo conculcado.

No obstante las reformas legales emprendidas, cada vez es menor la confianza ciudadana en los procesos electorales. El abstencionismo va en aumento en tanto se estrecha correlativamente el respaldo popular a las instituciones. La supeditación de los poderes Legislativo y Judicial al Ejecutivo violenta el esquema constitucional y es origen de constantes agravios y responsabilidades incumplidas.

El sistema de partidos es frágil todavía y la oposición se halla confinada por regla a los espacios parlamentarios donde su capacidad decisoria es casi nula. El Partido de la Revolución, que surgió con el compromiso de encabezar las causas populares y promover la evolución democrática del país, se ha vuelto reducto de creciente autoritarismo y funge más como medio de encuadramiento y control de las bases que como portavoz de sus reclamos y aspiraciones.

La concentración burocrática y la ausencia de genuinos equilibrios políticos propician la más caprichosa aplicación de las leyes. En aras del pragmatismo se entierran los principios y la congruencia se esfuma en los vaivenes sexenales, mientras los estilos personales de los gobernantes definen los programas nacionales, ante la anuencia interesada de algunos y la tolerancia de los más.

El ejercicio del poder como patrimonio propio suplanta el espíritu de servicio y tiende a convertir todo acto de autoridad en fuente potencial de enriquecimiento indebido. Pese a la honradez de nuestro pueblo se han perpetuado desviaciones políticas y marañas burocráticas que están en el origen de la corrupción y hacen del favoritismo, el arribismo y la impunidad causa y efecto de la ineficiencia.

El país no puede disolverse entre las manos porque lo sostienen la imaginación, la perseverancia y el trabajo de los mexicanos. Lo que se está evaporando es la credibilidad de la ciudadanía en los métodos prevalecientes, en la capacidad de liderazgo y en la viabilidad de los programas en curso para resolver los problemas nacionales y preservar nuestra independencia.

Un Estado cada vez más vacío de pueblo puede conducirnos a una nación sin Estado y finalmente a la pérdida de aquélla. Ese es el

objetivo en que están empeñados los intereses dominantes del exterior y al que se han vinculado sus aliados internos. Esos son los espacios desiertos que estamos obligados a recuperar los mexicanos.

La política del abuso y la inequidad que ahora predomina resulta subversiva, porque nos coloca en los linderos de la violencia. Es menester, por el contrario, encontrar en la participación democrática, la solidaridad humana y la concertación económica, la vía de una nueva y duradera estabilidad interna en la que se asiente la seguridad del país.

Los tiempos exigen rescatar en plenitud el valor de la lucha cívica como instrumento invencible del cambio social. Hemos ido al encuentro de numerosos compatriotas que tienen la firme determinación de librar una batalla histórica por la democratización política y económica del país, por la reconquista de su soberanía y por la construcción de un proyecto de nación que beneficie a todos con justicia.

A través de la República hemos recogido las indignaciones, reclamos y esperanzas de la población, a la par que estimulado la confrontación de las ideas y de las experiencias, el análisis de las realidades y la armonización de los propósitos. Con ello hemos elaborado un conjunto integrado de propuestas fundamentales que sometemos al debate público y a la consideración de nuestros compañeros y de todos los ciudadanos dispuestos a comprometerse con nosotros en la acción política.

Este balance global de la situación del país que fue introductorio de la propuesta, se acompañó de sesenta puntos específicos, devididos en cinco capítulos, a saber: I. El Estado democrático y el poder ciudadano; II. El rescate de la nación; III. La preservación de nuestro patrimonio; IV. La sociedad solidaria y V. La recuperación del desarrollo. En conjunto y así organizados, los puntos de la *propuesta democrática* conformaron tesis profundas y firmemente nacionalistas y soberanas, democráticas y populares, en donde se daba congruencia y sentido lógico a problemas como la distribución del ingreso, la reducción de la dependencia, el freno a la inflación, el fortalecimiento del salario, la integración de la industria, la democratización del desarrollo urbano, la suspensión del pago en tanto se diera un reajuste de la deuda externa o la recuperación de la vanguardia internacional, por mencionar sólo algunos de los priorizados en el documento.

El tiempo político en el cual la CD dio a conocer su propuesta fue también estratégicamente determinado. En ocasiones anteriores, un septiembre cada seis años, había sido el mes del "destape" del candidato del PRI a la presidencia

de la República. Por lo mismo, en estos días la Corriente habría de desempeñar un esfuerzo extraordinario para modificar la correlación de fuerzas en lo que parecía inevitable: una imposición presidencial en la designación del candidato. Las expectativas creadas por la Corriente más las intensas contradicciones y el agitado movimiento de intereses a que las comparencias habían dado lugar en el PRI y en el bloque Político exigían, en particular del movimiento democrático, nitidez ideológica y consistencia política para mantenerse y mantener viva una opción para el avance de la democracia. La brecha estaba abierta.

El crecimiento de sus posibilidades y de su fuerza obligaban a la CD a discutir y replantear permanentemente sus pasos siguientes. Desde luego que la *Propuesta* había sido un gran salto cualitativo y ello aumentaba las exigencias. No se podía caminar lo andado ni obstruir al movimiento en su arribo a nuevas experiencias y aprendizajes. Fue así como la Corriente decidió salir a la calle.

La iniciativa de que la Corriente realizara una marcha y un campamento por la democracia surgió una mañana de septiembre en una reunión en la casa Katz —lugar en donde se llevó a cabo la mayor parte de las reuniones de la CD en sus orígenes—, a la que habían asistido no menos de cincuenta delegados, miembros y representantes del interior del país y tal vez otros tantos del D.F., fue Fernando Sánchez, dirigente de la Confederación de Comerciantes y Organizaciones Populares del PRI, quien la sugirió a los asistentes, luego de que el consenso general de la reunión de ese día se estaba orientando en el sentido de tomar la calle.²

La sugestión tomó forma, y el 17 de septiembre de 1987, a las 16:30 horas, después de depositar una ofrenda floral a los pies de la estatua del general Lázaro Cárdenas (ubicada sobre el eje del mismo nombre, en la ciudad de México), la descubierta avanzó sobre el eje hacia el Zócalo, precedida por la bandera nacional y seguida por unos 10,000 manifestantes. Esta cifra tomó por sorpresa a los mismos promotores de la marcha, quienes habían planeado instalar ese día un campamento de 100 horas por la democracia en el Zócalo, para lo cual, en el proyecto original se habló de unas 500 o mil personas.

El día 21, momentos antes de cumplirse las 100 horas fijadas como duración de la jornada, la Corriente realizó su segunda manifestación de importancia. La cita fue en el Zócalo, en donde se

levantaría el campamento, se realizaría un mitin, se marcharía hacia el Monumento de la Revolución y probablemente al edificio del Comité Ejecutivo Nacional del PRI para exigir la apertura del registro de precandidatos. El discurso pronunciado por Cárdenas en esa ocasión se encuentra en esta revista.

La tarde del 21, la manifestación de la Corriente Democrática logró reunir unas 25,000 personas, cifra considerable si se toma en cuenta que se trataba de un acto con poca difusión y convocado por priistas desconocidos por los dirigentes de este instituto político.

Al llegar al Monumento de la Revolución, ya oscureciendo, la marcha se convirtió otra vez en mitin. Muchos de los ahí presentes demandaban, a gritos, continuar hasta el edificio del PRI. Los dirigentes de la CD explicaron que esta acción podía ser tomada como provocación, y en su lugar se decidió nombrar en el momento una comisión que se entrevistara con dirigentes del partido para exponer su exigencia.

La prudencia de los dirigentes de la CD evitó que se desatara alguna forma de violencia y que, en caso de represión, el avance del movimiento se dificultase o interrumpiese. La Corriente había sido advertida de que no se le permitiría acercarse al edificio del PRI, y que para ello se habían tomado las providencias necesarias. En efecto, en las calles que rodean el Monumento a la Revolución y en las que circundan el edificio del PRI, ubicado a unas cuantas cuadras de aquel, el dispositivo de seguridad instalado no dejaba lugar a dudas de que la advertencia había sido en serio. La imagen del edificio de Insurgentes Norte 59 era la de un Bunker: rejas cerradas custodiadas por agentes y golpeadores vestidos de civil y uno que otro uniformado. Adentro, grupos priistas realizaban un convivio amenizado por orquestas de música tropical. En caso de violencia, el escándalo musical escondería cualquier otro tipo de ruidos.

La comisión de la Corriente, encabezada por Ignacio Castillo Mena fue recibida en forma menos festiva por una comisión de la dirigencia del PRI, compuesta por Humberto Lugo Gil y Jesús Salazar Toledano, en el edificio sede del Instituto de Capacitación Política, sobre la avenida Puente de Alvarado.

Breves y profundos, los funcionarios del PRI recibieron la demanda de la Corriente, rechazándola. Negaron la apertura del registro de precandidaturas y en particular, el registro de la precandidatura de Cuauhtémoc Cárdenas.

En un último esfuerzo a este respecto, el 29 de septiembre la CD emitió el manifiesto "en defensa de la legitimidad democrática", en el

² Xelhuantzi López, María, *Cárdenas y Muñoz Ledo. Memorias de mi participación en la corriente democrática*. Notas, inédito en preparación.

cual entre otras cuestiones afirmó:

Hemos llevado a cabo un gran esfuerzo para instaurar el diálogo sobre la recuperación del proyecto constitucional y la democratización del partido. La respuesta al ejercicio de nuestros derechos de militantes ha sido una cerrazón política sin precedentes, acompañada de diversas formas de agresión.

Todo indica que la legalidad interna del partido continuará siendo violada en el proceso de nominación de candidato a la presidencia de la República. La dirigencia nacional afirma que las propuestas vendrán de los sectores, sin que se hayan celebrado para ellos las asambleas que previenen los Estatutos. Los dirigentes sectoriales por su lado han declarado que la decisión corresponde "al partido", como si este fuera un ente abstracto al que no pertenecieran los obreros, los campesinos ni las clases medias populares.

Se pretende ocultar lo inocultable: que la decisión vendrá de otra parte, del Palacio Nacional. Los cambios de forma, obligados por la presión popular, en nada han alterado la substancia y sólo han incrementado la confusión.

La reiteración de la mentira en que ningún mexicano cree ha conducido a una lamentable comedia de equivocaciones que tiene visos de culminar en una inaceptable farsa. Si se desoyera el clamor nacional y la abrumadora demanda partidista en favor de la apertura y transparencia de los procedimientos de selección; si se negara el registro a los precandidatos propuestos por las bases; si no se eligieran democráticamente los delegados a la Convención y ésta no resolviera por voto individual y secreto, se habrá consumado una burda imposición.

Hemos procedido de la mejor buena fe, con la más firme determinación cívica y una lealtad irreprochable a los principios y normas de nuestro partido. Se nos ha rechazado, calumniado y combatido una y otra vez. La última respuesta que recibimos es un dechado de incongruencias: se nos contestó por escrito a un planteamiento distinto del que formulamos y que todavía no hemos presentado. Se denegó nuestro derecho de petición al no recibir siquiera ni analizar la documentación y los argumentos que aportamos, los que prueban no sólo la razón jurídica y política que nos asiste, sino el apoyo a nuestras tesis de cientos de miles de militantes.

Las circunstancias que rodearon nuestra comparecencia ante el partido el pasado día 21 son en extremo graves y deben ser denunciadas. Habíamos advertido públicamente, y por las vías legales apropiadas, nuestra voluntad de manifestar y de acudir a las oficinas centrales de nuestra organización para hacer

valer, pacíficamente, los derechos que nos corresponden. La dirigencia nacional, poseída de un temor irracional derivado de su inseguridad ante la fuerza de las demandas populares, montó un formidable aparato represivo, con grupos de choque al servicio de sátrapas sindicales. "halcones", miembros de la policía capitalina, carros antimotines y otros elementos armados. Este insólito despliegue contó obviamente con la complicidad de diversas autoridades y hubiera provocado una masacre, de no haber mediado la prudencia de los manifestantes que aceptaron enviar una delegación, a efecto de evitar un enfrentamiento de consecuencias imprevisibles.

Una precandidatura surgida de las bases mismas del partido y las tesis de nuestra "Propuesta Democrática", han generado un enorme respaldo popular y su aceptación hubiera significado un avance indiscutible. Esa posibilidad está a punto de cancelarse por la terquedad de perpetuar procedimientos cupulares, mediante reformas clandestinas a los Estatutos y decisiones políticas ya anunciadas en el sentido de usurpar los derechos de los militantes anulando el libre registro de precandidatos, adoptando la modalidad totalitaria de precandidato único e impidiendo auténticas campañas internas de proselitismo.

Continuaremos luchando hasta la culminación del proceso porque se respeten cabalmente los derechos de la militancia. Proseguiremos exigiendo permanentemente la democratización de todas las instancias del partido y de sus organizaciones. Fortaleceremos nuestros trabajos e invitaremos a todos nuestros compañeros cuyos derechos o legítimos intereses hayan sido o sean conculcados, a sumarse a nuestro esfuerzo.

Redoblabemos nuestra actividad crítica e iniciaremos una nueva etapa de organización y movilización social. Ante las violaciones a la legalidad y a los principios asumiremos la legitimidad partidaria en tanto no se restablezca el orden democrático interno, y rescatemos para las bases el poder autónomo de decisión que les corresponde. Ampliaremos el campo de nuestra acción política y restableceremos, con el concurso de todas las fuerzas democráticas y patrióticas, un proyecto de nación libre, justa, independiente y productiva.

Por falta de fondos, este documento pudo ser publicado hasta el 3 de octubre, días antes de que Carlos Salinas de Gortari fuera declarado precandidato del PRI a la presidencia de la República.

La designación de Salinas habría de ser muy favorable al desarrollo político de la Corriente ya que, de los "tapados", él era en realidad el más cercano al proyecto del régimen y durante un buen tiempo no haría ni diría algo para pretender

ser distinto de este. Así las cosas, la situación estaba clara: ni la Corriente refluja ni buscaría acercamientos, ni el precandidato los propondría. Corriente Democrática, PRI y precandidato radicalizaron, cada cual, su tono.

La candidatura de Salinas puso a diversas fuerzas, organizaciones, dirigentes, personas y hasta a partidos políticos en una situación difícil. De estos últimos el primero en advertirlo públicamente sería el último en asumirlo. El día 9 de octubre dirigentes del Partido Popular Socialista se entrevistaron con Cárdenas y Muñoz Ledo. Esta plática tenía como fin tratar de llegar a un acuerdo, aunque al parecer el PPS no estaba del todo cierto del tipo de acuerdo que buscaba y que le convenía. Tal vez medía la posibilidad de que las impugnaciones de la Corriente alcanzaran la intención y la fuerza suficientes como para modificar la candidatura expedida en favor de Salinas. Para el Popular Socialista, partido que sistemáticamente se había sumado a la candidatura presidencial del PRI, en esta ocasión resultaba casi imposible hacerlo. Había sido en los últimos años un ferviente impugnador crítico de la política económica y por lo mismo, no podía apoyar al que consideraba su autor y ejecutor más importante.

El otro partido que se interesó en Cárdenas, o más bien, en la Corriente Democrática, después del PPS, fue el Partido Mexicano Socialista. De reciente creación, heredero de la inconsistencia unitaria de la izquierda socialista, el PMS había llevado a cabo un proceso de elección primaria de su candidato presidencial. Entre cuatro precandidatos sugeridos por el partido a sus militantes y a la ciudadanía en general, el ganador había sido Heberto Castillo. El PMS consideraba que la candidatura de Castillo era el resultado de un proceso democrático y por esto, y con el fin de crecer como partido, buscó acercarse a la CD para tratar de absorberla, según las condiciones y criterios pemeistas amparados en una supuesta democracia. Lo que el PMS no consideró fue que la candidatura de Cárdenas, por la Corriente, había sido tan o más democrática que la de Castillo, más auténtica y más emanada de las bases, aún cuando no estuviese formalmente avalada por una consulta primaria.

Después de los acercamientos poco firmes de PPS y PMS, un tercer partido en establecer vínculos serios con la Corriente fue el Auténtico de la Revolución Mexicana, el PARM. Existían en el interior de este partido, en el acervo de su historia más antigua y en las más recientes, circunstancias muy particulares que facilitaron su determinación de adoptar como propia la candidatura de Cárdenas. El primer paso firme se dio el 12 de octubre,

cuando una comisión de asambleístas hizo una visita a Cárdenas en sus oficinas para plantearle la posibilidad de aceptar su candidatura por ese partido. Dos días después, el 14 de octubre, Cárdenas se afilió al PARM y rindió su protesta como candidato a la presidencia de la República.

Siendo ya candidato del PARM, el día 19 el Partido Mexicano Socialista lo invitó a participar en un nuevo proceso de elecciones primarias junto a Heberto Castillo. Cárdenas aceptó contender en esta posible elección preliminar y así lo hizo saber a los dirigentes del PMS el 26 de octubre. Conociendo la respuesta, intempestivamente el PMS se retractó. Primero condicionó las elecciones primarias en que supuestamente debían participar Cárdenas y Castillo al hecho de que en ellas interviniera también Rosario Ibarra, a la sazón candidata del PRT Unidad Popular. El PMS sabía que el PRT y en particular Rosario Ibarra no transigirían con esta iniciativa y así, protegido por las faldas de la candidata de Unidad Popular, halló un magnífico pretexto para justificar su abandono en el proceso de búsqueda de una candidatura unitaria de las fuerzas de oposición, excluyendo al PAN y al PDM.

Esta situación fue muy cómoda para los dirigentes pemeistas, aunque bien pronto se habría de volver insostenible. La presión de las bases en favor de una candidatura única y de que esta no fuera otra que la de Cuauhtémoc Cárdenas fue en continuo aumento. Dentro del PMS, algunos dirigentes y cuadros respetables empezaron a adquirir conciencia de este fenómeno y trataron de presionar para continuar con las negociaciones en este sentido, pero durante varios meses no lograron grandes avances. Algo semejante pasó en el PRT, con resultados más favorables al conseguirse hasta el 18 de marzo de 1988 la formación del Movimiento al Socialismo, integrado esencialmente por dirigentes y cuadros de este partido que se decidieron por la candidatura de Cárdenas.

En octubre de 1988 el PMS, aparte de condicionar la unidad a la participación del PRT, se dedicó a criticar ferozmente a Cárdenas por haberse afiliado al PARM, al que sin contemplaciones acusó de ser un partido palero del PRI. En ese entonces, los pemeistas no querían desprestigiarse por establecer vínculos o compartir la candidatura con un partido palero.

Estos argumentos demuestran que el PMS aún no entendía los contenidos, la profundidad y el sentido de la candidatura de Cárdenas. Lo que a dicho partido convenía era apropiarse de Cárdenas, del cardenismo y de la Corriente para crecer como tal en un proyecto de izquierda socialista. Les molestó mucho que la corriente no se prestara a esta maniobra.

Los motivos por los cuales la Corriente Democrática optó por el PARM como primer partido con registro en postular a su candidato fueron bastante sencillos. En primer lugar, porque ideológicamente el PARM significaba mantenerse, enteramente, en el discurso y los valores de la Revolución Mexicana. La declaración de principios de dicho partido era muy parecida a la del PRI, con la ventaja de que, en razón de los orígenes críticos del PARM respecto del PRI en 1952, era más insistente en demandar rectificaciones en cuanto a las desviaciones del proyecto revolucionario. Estar en el PARM por lo tanto tenía el valor de no generar rupturas y dejar al movimiento, ideológicamente, en la Revolución Mexicana. El movimiento ganaba así una gran consistencia.

En segundo lugar, la alianza con el PARM dejaba abierta la posibilidad de que otras fuerzas se sumaran a la candidatura, cuestión que no hubiera sido posible de haberse dado como inicio la alianza con el PMS. El PARM permitía la apertura de opciones que el PMS hubiera cerrado. De esta manera el proyecto de alianzas se anunciaba flexible y no quedaba cautivo en los límites históricos y políticos de la izquierda socialista.

La trayectoria reciente del PARM fue también un motivo importante para definir la alianza. Como partido, su consistencia era mayor que la del PMS. La dirección de Carlos Enrique Cantú y la construcción de la "Nueva Era" venían siendo esfuerzos serios por hacer del PARM un partido cada vez más auténtico y autónomo del PRI y del gobierno. En contraposición, la línea parmista encabezada por Pedro González Azcoaga representaba precisamente al PARM dependiente y sumiso, sujeto a las dádivas gubernamentales como en sus peores tiempos cuando el régimen del presidente Echeverría tuvo que comisionar a un grupo de priístas —González Azcoaga entre ellos— para que se encargaran de revivir al PARM.

Por último, en la alianza el PARM no impuso condiciones a la Corriente; los parmistas entendieron la candidatura como un pacto que iba a beneficiarlos políticamente. Tampoco trataron de apropiarse del movimiento y de la legitimidad de la Corriente. La relación que se estableció fue de colaboración respetuosa.

Los mayores problemas derivados de la candidatura por el PARM no fueron insalvables y se resolvieron paulatinamente. El primero y más obvio de ellos era la imagen del partido y su reputación como partido paraestatal. El segundo, la disidencia de González Azcoaga quien estaba en favor de la candidatura de Salinas de Gortari y que, por los recursos que empleaba, evidentemente tenía apoyos por alguna parte del gobierno

o del PRI.

El siguiente partido político con registro que entró en pláticas con la Corriente y postuló a Cárdenas como su candidato presidencial fue el Partido Socialista de los Trabajadores. Junto con la candidatura de Cárdenas, en su VII Asamblea, del 22 de noviembre, formalizó el cambio de nombre de dicho partido al de Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN). El cambio de nombre no fue sólo eso, sino que significó la expresión de transformaciones ocurridas en esa organización en los últimos años. Parte de esta transformación sería la postulación de un candidato distinto del oficial.

Con la alianza PST-PFCRN se resolvió una buena parte de los problemas más grandes, mismos que se habían originado con el proceso de fusiones de organizaciones de izquierda que dio lugar al PMS. Una fracción del PST optó por sumarse al PMS y otra, la encabezada por Rafael Aguilar Talamantes, mantuvo la identidad del partido en relación con el nuevo proyecto de izquierda. Con la fracción de Graco Ramírez Garrido emigraron principalmente cuadros del PST. Con Aguilar Talamantes el partido conservó la gran mayoría de sus bases.

Con las siglas de un partido escindido, con menos recursos y una notable indefinición ideológica en el campo de la izquierda el PST-PFCRN tomó su gran decisión al postular a Cárdenas. El salto cualitativo más grande de que fue capaz se manifestó en sus documentos básicos. Dejó de ser un partido socialista y devino en un partido cardenista.

Lo mismo que en el caso del PARM, con el PFCRN la Corriente Democrática salvaguardó la hegemonía ideológica y de proyecto de la Revolución Mexicana.

Una semana después de ser postulado por el PFCRN, se inició la campaña de Cárdenas a la presidencia de la República. Esto ocurrió el 29 de noviembre en la ciudad de Morelia, Michoacán, ante más de 25,000 simpatizantes. El discurso de arranque de campaña fue importante no sólo por ser el primer discurso de campaña de Cárdenas como candidato de la Corriente Democrática y de dos partidos con registro. Fue importante porque consolidó la estrategia de alianzas. Ahí mismo se anunció la inminente adhesión del Partido Popular Socialista y de otras fuerzas, partidos y organizaciones. La claridad ideológica del discurso de Morelia habría de cumplir, a lo largo de su tiempo breve pero intenso, la función de sumar adhesiones para la formación del FDN y aún después de esto. Es interesante destacar cómo, meses más tarde, la base de adhesión del Movimiento al Socialismo a la candidatura sería, más que la plata-

forma común del FDN, el discurso de Morelia, en el cual, entre otras ideas, Cárdenas expresó la riqueza política, social y de alianzas del movimiento:

Los miembros de la Corriente Democrática en todo el país, están apoyando entusiastamente mi candidatura y participando sin reservas en los esfuerzos por la unidad de las fuerzas democráticas. Están conscientes, que con ello, se hacen merecedores de sanción estatutaria; a los ojos de una dirigencia del partido oficial que ha perdido su legitimidad y que podrá sancionar a algunos compañeros, pero no se atreverá a hacerlo a los millares y millares de militantes de la Corriente, pues exhibiría y estaría reconociendo un debilitamiento que se acelera.

Ha sido una marcha larga despertando conciencias y sumando voluntades y se ha desplegado un intenso esfuerzo por resaltar las coincidencias y encontrar las vías para la acción conjunta.

Una importante convergencia democrática y nacionalista se ha formado ya. En apoyo a una candidatura común a presidente de la República participan la Corriente Democrática, el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, el Partido Nacional del Pueblo-Comité de Defensa Popular de Chihuahua, la Unidad Democrática y el Partido Socialista Revolucionario. Hay un primer acuerdo con el Partido Popular Socialista sobre plataforma común. En el camino de la unidad se han roto dependencias y se han producido fracturamientos a un sistema que se creía sólido e invulnerable. Se han dado con ello pasos firmes de autonomía. Con otros agrupamientos se sostienen conversaciones y estamos seguros de llegar a los acuerdos que nos permitirá ir unidos en esta campaña.

Hasta el momento, la Corriente Democrática ha realizado por sí, su máximo esfuerzo y ha acudido a las convocatorias de otras organizaciones para tratar de lograr la convergencia en el apoyo a una plataforma electoral y a un candidato presidencial comunes.

Estamos convencidos que este es el camino que debiera seguir la oposición progresista y así lo esperan el conjunto de fuerzas democráticas y el país mismo.

Con base en las organizaciones ya agrupadas se está conformando la que en julio de 1988 mostrará ser la primera fuerza electoral del país, con hondos raíces populares, una firme convicción de lucha y una organización capaz de hacer respetar la voluntad que se manifieste por medio del voto. Y lo vemos así, entre otras razones, porque las mayorías no pueden cometer la inconsecuencia de votar

contra sus propios intereses.

Debe quedar muy claro que nuestra lucha no es por constituir una minoría en los cuerpos de representación nacional. Tampoco por ser una minoría algo mayor que las actuales. Es por la formación de una fuerza política que se planteé los caminos para llegar al poder y tenga la capacidad para seguirlos hasta efectivamente llegar, tomarlo y ejercerlo.

Los cambios que pretendemos no se van a alcanzar al ganar unas cuantas posiciones en el Congreso en algunos ayuntamientos, en algunas legislaturas y gobiernos estatales. Con posiciones reducidas no pueden inducirse las grandes transformaciones nacionales. Ya hemos vivido esa experiencia. Es preciso obtener mayorías en la elección del Ejecutivo, del Congreso de la Unión, de los gobiernos y legislaturas estatales y los municipios. Nuestro camino al poder exige una lucha en muy variados frentes y para ella debemos prepararnos.

Estamos convocando a luchar por recuperar el camino de la Revolución Mexicana, la ejecución por el pueblo de su proyecto nacional, que es el de una sociedad democrática y plural en lo político, con una justa distribución de la riqueza nacional y que ofrezca oportunidades reales de mejoramiento y superación para todos los mexicanos; es el proyecto de una nación cuyo desenvolvimiento no esté limitado por ataduras económicas y políticas, con pleno dominio sobre sus recursos naturales, las formas de su aprovechamiento y las modalidades que adopte su economía; una nación donde se valore la rica diversidad de sus culturas y se estimule su expansión, la de la ciencia y el arte.

Luchamos con los mexicanos demócratas por el respeto y la efectividad del voto; por procesos electorales con credibilidad; contra el trato privilegiado al partido oficial; porque toda la riqueza mal habida, se encuentre fuera o dentro del país, sea recuperada y restituida al pueblo; por un ingreso suficiente para todo aquel que trabaja, de modo que le permita desahogo y dignidad en su vida; por el ejercicio pleno de los derechos constitucionales, entre ellos el del trabajo; por la extensión de la seguridad social a toda la población.

Luchamos con los mexicanos de convicción nacionalista contra el sometimiento de la nación a dictados del exterior y contra la intromisión extranjera en nuestros asuntos políticos, económicos y de seguridad; porque se suspenda el pago de la deuda externa mientras no se reconozca su legítimo monto, se reduzca en consecuencia su valor y se establezcan condiciones que liberen los recursos que el país requiere para el crecimiento de la economía y la elevación sostenida de las condiciones de bienestar social; por la disminución

hasta eliminarla, de la exportación de petróleo crudo y la expansión de la industria petrolera y petroquímica estatales; porque se restituya a la banca nacionalizada las facultades que le permitan ser factor de servicio social y de impulso a la economía y se suprima la banca paralela de especulación; porque nuestras relaciones internacionales, en particular con los Estados Unidos, sean siempre de beneficio mutuo; por la defensa del derecho de autodeterminación y la solidaridad activa, política y económica, con todas las naciones que luchan por su liberación y su desarrollo, en especial con el pueblo y gobierno de Nicaragua.

Luchamos con los campesinos por el reparto de los 5 000 000 de hectáreas afectables que existen; por terminar con toda forma directa o indirecta, abierta o simulada, de acaparamiento de la tierra y de sus productos; por la protección legal y política y el fomento económico del ejido, la comunidad indígena y la pequeña propiedad en producción; contra el caciquismo y la corrupción de autoridades y funcionarios agrarios y de la banca; contra una política agraria como la vigente, cuyo logro más destacado es haber emitido 175 000 certificados de inafectabilidad (el 92% del total extendido en setenta años), en contra de solicitantes, campesinos y propietarios, ya que sólo dan protección ficticia a los predios, al desentenderse de la concentración de propiedades que pueda producirse.

Luchamos con los indígenas por la resolución expedita a todo trámite de restitución de tierras comunales; por el reconocimiento y compatibilidad constitucionales con sus formas tradicionales de gobierno; por el reconocimiento en la ley al carácter multiétnico y pluricultural de la nación y la reorientación consecuente de los programas educativos y de desarrollo.

Luchamos con los obreros por la independencia de los sindicatos respecto al gobierno, a los patrones y a toda fuerza ajena al movimiento obrero; por la elección democrática de sus dirigentes; contra la afiliación política obligada; por establecer constitucionalmente la prohibición a la requisa; por el rescate y reestructuración democrática y revolucionaria de las organizaciones obreras, para llegar a la central única, sustentada en sindicatos nacionales de industria; por los contratos tipo para cada rama y su expiración en la misma fecha.

Luchamos con las mujeres por su igualdad en convivencia social y ante las oportunidades de mejoramiento y superación; por su protección y el reconocimiento por la sociedad, de su función como trabajadoras, madres, esposas, hijas y amas de casa.

Luchamos con los habitantes de nuestras ciudades por garantizar legalmente el acceso al

suelo urbano a todo el que lo requiera; por terminar con la especulación con la tierra; por la debida protección inquilinaria; por el fomento a las formas de organización que faciliten la construcción y el mejoramiento de la vivienda y sus servicios.

Luchamos con los estudiantes universitarios, politécnicos y de los tecnológicos por el acceso a la educación superior de todo aquel que así lo decida y al mismo tiempo por la más alta calidad de la educación y la formación profesionales; por la autonomía real y el gobierno democrático de los centros de educación superior, ejercidos por sus comunidades estudiantiles, académicas y de trabajadores; contra el porrismo auspiciado y protegido por autoridades; por la suficiencia de los recursos destinados a la formación profesional, de posgrado y a la investigación, a fin de que respondan a los requerimientos económicos, sociales y políticos del país.

Luchamos con las amas de casa por abatir la inflación y frenar la carestía al través del control de precios y las medidas complementarias que protejan la economía popular.

Luchamos con los trabajadores no asalariados por el reconocimiento legal de esa condición; por su incorporación a la seguridad social, su acceso a la vivienda y a la capacitación; contra el agio y la extorsión.

Luchamos con los investigadores de la ciencia y la tecnología por el desarrollo de una estructura nacional que aproveche y estimule la innovación, reduzca la penetración innecesaria de tecnologías extranjeras y responda y se vincule a las necesidades y condiciones de nuestro desenvolvimiento económico y social.

Luchamos con los soldados y marinos por su asignación exclusiva a la defensa de la integridad y seguridad de la patria; por la protección de sus familias con servicios sociales y vivienda y las facilidades a sus hijos para su educación, desde los grados elementales hasta la superior.

Luchamos con los jornaleros agrícolas por su sindicalización.

Luchamos con los artistas y escritores por el estímulo a la creación y el acceso de los sectores populares al arte y la cultura en sus distintas manifestaciones.

Luchamos con los defensores de los derechos humanos por la plena vigencia de la ley; porque se suprima la tortura y los tratos inhumanos en las prácticas judiciales; porque aparezcan, se rindan cuentas claras y se finquen las responsabilidades que procedan respecto a desaparecidos.

Luchamos con los ecologistas por la preservación, restauración y el mejoramiento cualitativo del patrimonio natural de la nación; porque en toda acción de desarrollo se salvaguarden los ecosistemas; por el desarrollo

y utilización de tecnologías apropiadas; por la reducción del empleo de los hidrocarburos como combustibles y su reorientación hacia la petroquímica; por la revisión de la política nuclear, en función de la evolución previsible del conocimiento al respecto; por la suspensión de la puesta en operación de la planta nucleoelectrónica de la Laguna Verde, por los daños potenciales a los que expone a los habitantes y recursos de una vasta región del país.

Luchamos con los jóvenes por el pleno ejercicio de sus derechos políticos y laborales; por su acceso a la educación, la capacitación y el deporte, por su organización y participación democrática en la toma de decisiones.

Luchamos con los jubilados por mejoras similares a las de los trabajadores activos.

Luchamos con los mexicanos del exterior por la participación efectiva del Estado mexicano en la protección de sus derechos humanos, laborales y sociales; por una mayor vinculación cultural, social y política con ellos y sus descendientes; por las reformas constitucionales que les concedan el derecho a votar.

La cadena de adhesiones a la candidatura de Cárdenas siguió creciendo. El día 6 de diciembre fue postulado por el Partido Socialdemócrata y más tarde por el Consejo Obrero y Campesino de México, en el auditorio del Sindicato Mexicano de Electricistas. Este mismo día, el PFCRN organizó una concentración en la Plaza de Santo Domingo del D.F. El día 11 se sumó a la candidatura Unidad Democrática, en un acto celebrado en el Polifórum Cultural Siqueiros. De aquí, el candidato viajó al estado de Morelos, de donde regresó al D.F. para, por fin, ser postulado por el Partido Popular Socialista en la clausura de su XIII Congreso realizado en la unidad de congresos del Centro Médico Nacional. Esto ocurrió el 13 de diciembre.

La candidatura por el PPS cerró la etapa de gestación de alianzas fundamentales de la Corriente Democrática con organizaciones políticas registradas. La composición de partidos lograda, sobre decirlo, era por demás heterogénea y hasta contradictoria. Conseguir su aglutinamiento había sido posible, en buena medida, por el carácter mismo de la Corriente. Orgánicamente poco estructurada, pero muy sólida en sus principios y en sus objetivos, la Corriente Democrática fue el espíritu permanente para la unificación de fuerzas. Primero como actor ideológico, fue luego el actor político base del cambio.

Los propósitos y aspiraciones particulares de cada partido que los habían llevado a postular a Cárdenas fueron muy diversos, desde los relacionados con el interés de cada uno por crecer en cuanto tales, hasta los vinculados con el interés

nacional. Lo cierto es que la esencia política de la Corriente favorecería para que se desarrollara lo segundo y, con base en ello, integrar un frente cuyo vértice fuera la candidatura presidencial.

La formación del Frente, etapa siguiente y necesaria del movimiento, fue apuntalada básicamente por la CD. Luego de vencer resistencias e inercias, intereses y falta de madurez política, se iniciaría, para todos los cohesionados en torno a la candidatura de Cárdenas, una etapa de aprendizaje y crecimiento.

Integrar el frente era una tarea mayor que requería de definiciones y apoyos sustanciales, porque en suma lo que se estaría formando sería una nueva oposición.

Este proceso se inició el 15 de diciembre de 1987. Una vez decididas las alianzas principales, Porfirio Muñoz Ledo pudo renunciar al Partido Revolucionario Institucional.

La nueva oposición (15 de diciembre de 1987 a 12 de enero de 1988)

La renuncia de Porfirio Muñoz Ledo al Partido Revolucionario Institucional fue un parteaguas en el desarrollo político del movimiento, pero no sólo eso. A nivel internacional su dimisión tuvo impacto en la redefinición de concepciones y estrategias políticas de numerosos partidos, tendencias doctrinarias y organizaciones.

El análisis profundo del significado de esta renuncia está aún por hacerse. Por su trayectoria nacional e internacional, por su congruencia y aportaciones a la lucha democrática y al desarrollo de la democracia y por numerosas razones más, la largamente madurada renuncia de Muñoz Ledo conmocionó conciencias, exaltó ánimos, redefinió valores políticos y dio, definitivamente, un nuevo sentido al movimiento de la Corriente Democrática.

Haber renunciado una vez establecidas las alianzas fundamentales fue una solución estratégica. De ocurrir meses antes o días antes, la dimisión tal vez hubiera afectado los acuerdos con las fuerzas concurrentes en la candidatura cardenista.

Como una raya en el agua, la renuncia fue cimienta ideológica, política e histórica para la configuración, también ideológica, política e histórica, de una nueva oposición.

La campaña de Cárdenas cerró 1987 con recorridos por los altos de Chiapas, del 17 al 20 de diciembre, y abrió 1988 en los estados de Colima, Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes, el Distrito Federal, Puebla y Tlaxcala. Estos recorridos formaron parte de una primera fase de la campaña, la cual se diseñó para abarcar todos los estados cubriendo las ciudades más importantes de cada uno

de ellos.

El 12 de enero de 1988, la nueva oposición tomó una forma más clara al constituirse formalmente en la ciudad de Jalapa, Veracruz, el Frente Democrático Nacional. La formación del Frente, como es propio en estos casos, partió de la firma mancomunada de una plataforma común, que en términos globales podría calificarse de izquierda nacionalista. El texto de la plataforma también está incluido en la sección documental de esta revista.

A partir de la suscripción de la plataforma, una idea que era ya recurrente en el discurso cardenista desde la Corriente Democrática comenzó a hacerse vocación en el conjunto de fuerzas reunidas en el FDN: la de ser y no sólo representar una nueva opción política en una disputa real por el poder y por la conducción del Estado. La idea, desde luego, no pudo ser asimilada de inmediato por algunas de las organizaciones. No era fácil desterrar, sobre todo en los hechos, muchos años de identificación y aceptación de una cultura política en la que sólo el partido gobernante podía abrogarse ese papel.

Al sobrepasar los límites aceptados por la oposición tradicional, la nueva oposición, verdaderamente competitiva, verdaderamente alternativa convocó a que fuerzas novedosas y emergentes se incorporaran a ella. Tal fue, por ejemplo, el caso de la asamblea de barrios de la ciudad de México, pacto representativo del movimiento urbano popular y de movimientos inquilinarios, que retiró la candidatura presidencial de Superbarrio en favor de Cuauhtémoc Cárdenas y fue una de las organizaciones más creativas, novedosas y con mayor capacidad de movilización en la campaña en el D.F.

El Frente Democrático Nacional pasó a ser una fuerza política de transición, uno de cuyos fines era el electoral. A diferencia de experiencias como la de la federación de partidos del pueblo que sustentó la candidatura disidente de Miguel Henríquez Guzmán, a principios de los años cincuenta, el frente no tuvo de origen, un fin meramente electoral. Por estar basado en un desprendimiento radical del partido gobernante y del gobierno, por la aglutinación de fuerzas lograda y más que todo, por sus perspectivas históricas de largo plazo, el FDN no fue una organización de carácter electoral, aún cuando en términos operativos, con motivo de la campaña, se desempeñase de esa forma.

La conformación del frente abrió nuevos horizontes al desarrollo del movimiento democrático, pues conllevó de manera inmediata, el planteamiento de nuevos retos y necesidades para la consolidación de la nueva oposición. En este sentido, sus fines abarcaron lo político y lo histórico, con

efectos sobre la cultura y la estructura políticas del país. En lo político, un fin contundente fue lograr el triunfo también político de su candidato presidencial, así como de candidatos a otros puestos de representación popular. En lo histórico, ser en principio una fuerza de resistencia y de defensa de la soberanía nacional y del proyecto constitucional de la Revolución Mexicana.

Cronológicamente, el Frente tendría de antemano una duración determinada, uno de cuyos límites era precisamente el 6 de julio de 1988. Después de él, estaba llamado a ser el cimiento de un nuevo gobierno o de una instancia más definida y perdurable de oposición en México.

Su formación y existencia significaban una etapa más en la evolución del movimiento democrático iniciado por la corriente. Por lo mismo, el FDN no podía ser un objetivo terminal ni exclusivo del proceso democratizador, quienes así lo entendieron, explícita o implícitamente, carecieron del más elemental sentido de la historia. Fue, definitivamente, un instrumento político-histórico-electoral a nivel nacional y regional para definir alianzas y convergencias básicas para el avance democrático de México que se comportaría, hasta las elecciones del 6 de julio, como un actor político con plena personalidad y funciones precisas.

La campaña de Cárdenas: inicio de un nuevo proceso histórico (enero a julio de 1988)

La formación del FDN implicó también una redefinición de la logística en la campaña electoral. Esta redefinición fue importante porque rompió con inercias de los partidos que venían siendo un obstáculo en su desarrollo, y porque contribuyó a delinear las bases de mayor interacción y entendimiento entre las fuerzas frentistas, lo que más tarde se traduciría en el logro de candidaturas comunes, aparte de la presidencial.

En sí misma, la campaña tuvo varias etapas. De ser una jornada diseñada inicialmente para cubrir los implantes de los diferentes partidos en los estados y regiones, pasó a ser la geografía política del avance democrático del país. El tránsito de la primera forma a la segunda fue un fenómeno político que se dio como consecuencia del crecimiento en grandes proporciones del apoyo popular a la candidatura de Cárdenas. Los partidos tuvieron que ceder poco a poco en sus proyectos originales de campaña, pues fueron frecuentes los casos en los que organizaban actos con quinientos o mil militantes, los comités de apoyo a partidistas u otras instancias de auto organización y gestión populares organizaban otros actos, ya fuesen mitines, marchas o reuniones a las que

espontánea y voluntariamente acudían cinco o diez mil personas simpatizantes de la candidatura de Cárdenas, sin que en ello resultasen decisivos los partidos. La gente empezó a apoderarse de la campaña y del candidato. Lo cotidiano en los recorridos fue la realización de varios actos no previstos originalmente en el itinerario, porque la gente se reunía a esperar a Cárdenas a la orilla de las carreteras para detenerlo y escucharlo, o bien le anunciaban que en tal lugar había una concentración aguardándolo. Por lo mismo, la agenda llevaba siempre por lo regular más de una hora de retraso; esta circunstancia, sin embargo, no mermaba la asistencia a los mítines y reuniones. La gente lo esperaba durante horas de ser necesario. Se trataba, sin duda, de una campaña novedosa, de contacto real con el pueblo.

Tres fueron los momentos principales que definieron la campaña cardenista: La Laguna, en febrero, en el Zócalo el 18 de marzo y la concentración en Ciudad Universitaria el 26 de mayo. La consideración de estos tres momentos no pretende restarle importancia a otros en los que el apoyo popular fue también desbordado, como en Tierra Caliente en Michoacán, en Veracruz, en Guerrero, en Colima o en Oaxaca. Trata más bien de destacar a la campaña como un fenómeno político extraordinario en cuyo devenir el movimiento encontró puntos de definición y de reajustes estratégicos en lo interno y en lo externo.

El 11 de febrero de 1988, Cárdenas fue recibido apoteóticamente en la ciudad de Torreón, Coahuila, desde donde inició un recorrido por la región de La Laguna. El día 12 estuvo en Gómez Palacio, Durango, en una jornada que demostró la fuerza lograda por el movimiento democratizador. En San Pedro de las Colonias, en Francisco I. Madero y en otras tantas ciudades, pueblos y rancherías de La Laguna, el candidato del FDN encabezó las manifestaciones multitudinarias más grandes tenidas hasta entonces en la campaña.

Lo de La Laguna destacó no sólo porque abrió la etapa de masas propiamente dicha de la campaña, ampliando con ello los horizontes políticos e históricos del movimiento, sino porque fue un acontecimiento que alertó y preparó al régimen en sus actitudes respecto de la nueva oposición. Prácticamente al mismo tiempo que Cárdenas, el candidato del PRI realizó su jornada por La Laguna, enfrentando el inmenso apoyo popular a la candidatura de aquél. La difícil prueba política que para Salinas fue La Laguna constituyó un aprendizaje que lo llevaría, paulatinamente, a moderar el tono rudo y amenazador que había caracterizado a su discurso hasta ese entonces. Esta tendencia habría de continuar en las semanas siguientes. Conforme o no con su proyec-

to original, las manifestaciones cardenistas se convirtieron en la razón que motivaba al candidato oficial a tratar de diferenciarse del gobierno de Miguel de la Madrid y a introducir en su lenguaje, con grandes dificultades, elementos democratizadores y compromisos populares.

En La Laguna la campaña cardenista logró rescatar el sentido político real que deben tener las campañas electorales: no el de exhibir, en alardes escenográficos a públicos artificiosos, pasivos y aplaudidores de un candidato descomprometido y seguidor de la costumbre, sino el hacer de las jornadas por el voto momentos para establecer alianzas, compromisos y definiciones políticas.

Los sucesos en Coahuila y Durango resultaron también muy favorables hacia el interior del FDN. Desde los primeros días de febrero se habían iniciado los trabajos que llevarían a las candidaturas comunes y por partido a diputados uninominales, plurinominales, senadores y otros cargos de representación popular. Desde luego que el avance legítimo de la campaña, como indicador de los avances del movimiento y del apoyo popular fue consolidándose. La Laguna definió, asimismo, el liderazgo de Cárdenas en el FDN. Ser candidato y líder a la vez obró en favor de la consistencia del movimiento.

El registro de la plataforma común del FDN ocurrió justamente después de La Laguna, el día 15 de febrero. El acontecimiento incluyó, aparte del registro en sí mismo en la Secretaría de Gobernación, una serie de marchas y mítines en el D.F.

Mientras tanto, la concertación de candidaturas comunes avanzaba penosamente. Llegar a ellas no era sencillo. Había que vencer la inmadurez política de los partidos, los compromisos creados, los feudos e intereses en el interior de cada uno. Hasta antes del registro de la candidatura de Cárdenas en Gobernación, el proceso tuvo limitaciones que le impidieron ir en serio. Persistía, sin duda, la incertidumbre de que en caso de enfrentamientos entre los partidos con motivo de las candidaturas comunes alguno se retirara o lo retiraran del Frente. Lo prioritario era, pues, llegar al registro de Cárdenas, lo que ocurrió el 12 de marzo de 1988.

El registro abrió nuevas posibilidades de acción política dentro del Frente. Al menos, las discrepancias pudieron ventilarse en forma más sana y equitativa. Por otra parte, el discurso de Cárdenas previo al registro fue uno de los más profundos y decisivos, políticamente, durante la campaña. Una lectura superficial del discurso en la ciudadela el 12 de marzo hace pensar solo en el hecho de que el candidato está adoptando una

posición para ganar la simpatía de las fuerzas armadas. Sin embargo, el contenido y el sentido del discurso no se restringen a ello. Característica permanente y destacada de la campaña cardenista, que la hizo ser base de una nueva y real oposición, fue el acento crítico puesto en las desviaciones del proyecto constitucional y del proyecto político de la revolución mexicana casi ochenta años después del inicio político-militar de esta. Así, una de las desviaciones, a veces imperceptible, a veces soslayada por interés, ha sido la exclusión creciente del ejército no sólo en la acción y en la defensa política de la soberanía nacional que le corresponde. El ejército mexicano, que por su origen popular y revolucionario no podría ser sustento de un régimen dictatorial al servicio de intereses transnacionales ha sido, en efecto, alejado paulatinamente de su relación con la sociedad, de su identificación con el pueblo, lo cual, a largo plazo, podría inducir su transformación hacia lo indeseable.

Por lo mismo, hablarle al ejército, en cuyo interior Cárdenas despertó inocultables simpatías en todos niveles, fue necesariamente una expresión de la congruencia y claridad de su discurso en la defensa de la soberanía nacional.

Esta defensa de la soberanía y el afán de democracia significados en la candidatura de Cárdenas dieron un segundo momento fundamental en el desarrollo político de la campaña. Precisamente el 18 de marzo en el Zócalo de la ciudad de México, en la celebración de los 50 años de la expropiación petrolera. El mitin de esa tarde superó, en cantidad y calidad, al realizado por el gobierno en la mañana. Uno fue de asistentes voluntarios, entusiasta y de crítica. El otro, de típicos "acarreados", frío, vacío y de autocomplacencia.

Después del zócalo los meses de marzo, abril y mayo fueron, en los recorridos por los estados, la proliferación de "lagunas" en Veracruz, Guerrero y Oaxaca, principalmente. En el Distrito Federal, aparte de grandes concentraciones, marchas y eventos varios —como el foro sobre energía del 16 al 19 de mayo—, el campamento de la asamblea de barrios en el jardín de San Fernando, que fue un termómetro vivo del apoyo a Cárdenas en el D.F.

Desde finales de marzo tuvo que darse un replanteamiento logístico de la campaña, toda vez que para entonces deberían de empezar a ser los candidatos a senadores y diputados los responsables directos de su diseño. Fue esta circunstancia lo que motivó, por ejemplo, la elección de Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez como candidatos comunes para senadores del D.F. El D.F., detectado como bastión cardenista, requería de un trabajo político muy especial que exigió de la

candidatura de Muñoz Ledo, ideólogo y estratega por excelencia del movimiento democrático.

El tercer momento político decisivo de la campaña fue la magna concentración cardenista en Ciudad Universitaria el 26 de mayo, que estuvo precedida, el día 25, por otra de menor concurrencia pero no menos importante, en la Plaza Roja de Zacatenco del Instituto Politécnico Nacional.

El éxito de Cárdenas en un lugar que desde la reforma política había sido de alguna manera concedido por el régimen a los partidos y grupos de izquierda, casi en calidad de habitat, obligó a dichos grupos, quizá más que al propio partido oficial, a rectificar su actitud en relación con el movimiento democrático y específicamente con la candidatura de Cárdenas. No fue casual que pocos días después del acontecimiento, y prácticamente un mes antes de las elecciones, Heberto Castillo declinara su candidatura presidencial por el Partido Mexicano Socialista en favor de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas.

El mitin de CU no había sido sino la gran demostración de la viabilidad y el consenso del cardenismo y sus planteamientos entre los sectores politizados, preparados y generalmente críticos que son los universitarios. En numerosas universidades de provincia Cárdenas había tenido encuentros exitosos, no fue una sorpresa entonces la respuesta de la comunidad de la UNAM el 26 de mayo. Lo fue, sí, para la izquierda socialista, habituada al clientelismo y a una condición de minoría sempiterna. Lo fue, no obstante que en enclaves tradicionales de sus militantes y simpatizantes, las demostraciones de apoyo a Cárdenas y del reclamo de unidad en torno a su candidatura venían siendo sistemáticas y crecientes. El PMS obedeció a un impulso histórico de sobrevivencia, de no haberse sumado al movimiento su retraso histórico habría sido letal y cuestionada su existencia misma.

Los votos a Heberto Castillo el 6 de julio que se consideraron como votos a Cuauhtémoc Cárdenas no incrementaron significativamente la votación global en su favor. El PMS captó una votación marginal en comparación con el PPS y el PFCRN, que fueron los más beneficiados en las elecciones con el voto cardenista.

El 23 de junio, en un manifiesto al pueblo de México, Cárdenas conminó al Gobierno a respetar la voluntad popular, a mantener el orden constitucional con el respeto al sufragio, a la legalidad y legitimidad del proceso electoral. Dos días más tarde, el 25 de junio, cerró su campaña en el D.F. con otra gran concentración en el zócalo de la ciudad de México. Una semana después fue el cierre general en la ciudad de Pátzcuaro, Michoacán.